

La Lectura Popular



ONOFROFF

¿Quién había de decir que en pleno siglo XIX, siglo del vapor y de la electricidad, habíamos de volver otra vez á las brujas, duendes, magos, adivinos, nigromantes, hechiceros y demás lechuzos que tanto dieron que hacer á nuestros queridísimos abuelos?

Pués hemos vuelto.

Ahí tienen Vds. á Onofroff, brujo de frac y corbata blanca (ahora se dice *fascinador*) haciendo diabluras en Madrid y arrastrando al Circo de Colón á miles de personas, que corren presurosas á contemplar sus brujerías.

—Pero ¡hombre! ¿así tan en crudo llama V. brujerías á lo que quizás sean fenómenos naturales, que llevados al campo de la ciencia, pueden abrir un nuevo horizonte al estudio de la naturaleza?

—¡Que naturaleza, ni que horizontes, ni que calabazas! Preciso es hablar claro y tener sentido común. No negamos que entre los fenómenos de hipnotismo que ofrece Onofroff, los haya puramente naturales; pero es necesario estar ciego para no ver tras de esos fenómenos naturales, los preternaturales que en otros tiempos se vieron en la tina de Mesmer, en el árbol de Puysegur, en el espejo de Dupotet, en las mesas golpeantes de Fox, en los bancos parlantes de Milán y en los cincuenta mil trampantojos con que desde el tiempo añejo ha venido disfrazando el diablo sus añagazas y pillerías.

—De manera que V. considera preternaturales muchos de los experimentos de Onofroff y hasta supone V. que en ello anda la mano del diablo?

—No señor, la mano sola no; sino con las uñas, los cuernos y el rabo.

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre!

—Nada, lo dicho. Y anda por que encuentra el camino franco entre los tontos como V., que se dejan engañar por las apariencias científicas del antiguo cubiletero.

—Pere hombre V. cree...

—Si señor, creo que en los tiempos presentes, tiempos de incredulidad mate-

fialista, el diablo hubiera hecho fiasco, si se hubiese presentado con el afelpado traje con que se presentaba á Santa Teresa de Jesús y S. Antonio Abad. Érale preciso pués, vestir otro mas culto y tomando el de la ciencia, se presenta hablando de fluidos, sugestiones, influencias e viejas, etc. para hacer creer que todo cuanto ejecuta, es puramente natural.

—Vamos, señor mio, V. ve visiones.

—No, amigo mio, quien las ve es V. Y si no estudiemos los hechos.

Hace pocos dias, *La Correspondencia*

Sombras que vuelven



Emblemas del tiempo oscuro
Salid de vuestras cavernas,
Que ya las gentes modernas
Abolieron el conjuro.

Sucia bruja, duepde impuro,
Lanzad vuestra escoba al viento,
Volved á vuestro elemento
Y á fomentar todo vicio,
Que ya murió el Santo Oficio
Y ya es libre el pensamiento.

de España, empalagoso incensario consagrado á echar piropos á todo bicho viviente, decia hablando de Onofroff:

—Hemos sido *favorecidos* con la visita del notable fascinador M. Onofroff, que venia á buscar á nuestros compañeros de redacción Srs. Pérez (D. Felipe) y Muñoz Escámez.

Como era lógico, se habló del hipnotismo; y accediendo á nuestros ruegos, con una *exquisita galantería*, para comprobar sus afirmaciones realizó una série de interesantísimas experiencias, tanto de adivinación del pensamiento, como de fascinación y sugestión, haciendo verdaderas maravillas.

En un momento le bastaba extender la mano para atraer con fuerza irresistible á la persona que tocaba; otras veces por el simple contacto, hacia caer de rodillas al mas resistente, y por último, bajo el imperio de su mirada fascinó á varios, produciendo en ellos la catalépsia hipnótica.

Las experiencias de adivinación fueron tan hermosas como concluyentes.

La ocurrencia mas peregrina, secretamente escrita, era realizada por Onofroff con una precisión pasmosa, sin vacilaciones ni dudas, en medio del asombro general.

Eso es de lo que no se ha explicado ni se explicará satisfactoriamente hasta que se sepa en que consiste el pensamiento; (pués *aguárdate un verano*) pero es un hecho real y positivo y ponerlo en duda sería cerrar los ojos á la evidencia.

Á uno de los sujetos, mientras hablaba, le impuso las manos sobre el cerebelo, y en el acto las palabras se escapaban entre sollozos. Imposible figurarse un dolor mas profundo que el que expresaba aquel rostro contraído por el hipnotismo y por la pena.

De pronto, al pasar la mano á la frente, la tristeza convirtiéndose en una alegría tan grande, que el sujeto prorrumpió en carcajadas y se retorcia como bajo el impulso de la mas retozona de las hilaridades.

El hipnotizado fué reconocido por los médicos Srs. Jaques y Vargas Machuca, encontrándose en él las perturbaciones consiguientes á su estado. (*puna friolera!*) (1)

En una palabra: lo realizado por Mr. Onofroff, sobre todo, en cuanto á la adivinación del pensamiento, ha sido sencillamente maravilloso.

Cuando se despidió M. Onofroff, seguimos creyendo que estábamos bajo el imperio del nuevo Cagliostro; todos estábamos verdaderamente fascinados.

Ya lo oyen Vds., el notable fascinador, como le llama *La Correspondencia de España*, es un sér misterioso, que fascina con la mirada, que hace caer de rodillas á los hombres mas vigorosos al simple contacto de sus manos, que advina el pensamiento mas oculto, que toca el occipucio de un hombre y le hace llorar, que toca su frente y le hace reir y que tras de sus misteriosas manipulaciones, deja heridos por algún tiempo á los organismos víctimas de su influjo.

—Sin embargo, la naturaleza tiene secretos....

(1) Las perturbaciones producidas por las modernas hechicerías (*fascinaciones* se dice ahora) del hipnotismo, son tales que nuestra Academia de Medicina las ha declarado altamente nocivas, y en Italia, Portugal y otras naciones, los gobiernos las han prohibido en absoluto.

—Espere V. que no he concluido. Hace pocas dias, un amigo mio me describía una función de Onofroff, que presencié: —Onofroff, dice mi amigo, llama á cuantos quieran bajar al escenario y experimentar en sí mismos su poder. Desde las butacas, paraiso y palcos, salen á la vez diez, doce ó quince personas de diferentes edades y clase social: instantanea y rápidamente, dirígese Onofroff hacia ellos, mira á uno, toca al otro, lanza sobre el de mas allá su misterioso fluido y á medida que dirige su influjo hacia ellos, van cayendo los unos de boca, los otros de espaldas, otros quedan temblando y en posiciones violentísimas, que conservan de un modo inexplicable, durante horas enteras; quiere hacerles llorar y les hace llorar; quiere hacerles reir y les hace reir; pasa su mano á lo largo del espinazo de una de sus víctimas y esta queda rígida, tan rígida que cogiéndola como si fuese una tabla, la apoya por los talones y el occipucio sobre las barras de dos sillas y se sienta y golpea sobre ella sin que aquella tabla misteriosa ceda al considerable peso del magnetizador: otras veces desnuda á los hipnotizados los brazos y se los atraviesa con largas agujas, sin que sientan el efecto de la herida: y cuando cansado de disponer de ellos á su voluntad, sin que puedan resistirle, desea poner fin al experimento, sopla sobre sus frentes, todo desaparece, y queda borrado en ellos el recuerdo de cuanto pasó.

—Verdaderamente que todas esas cosas son sorprendentes.

—Pues ahora oiga V. lo que dice *El Nuevo Régimen*, órgano de Pi y Margall, sobre todas esas cosas sorprendentes.

No dirá V. que Pi y Margall es excesivamente *crédulo*.

Los fenómenos de Onofroff son un misterio ¿Existirá esa relación en el sistema nervioso, como él indica? Los fenómenos son indudables; la causa desconocida.

A nosotros nos han afectado siempre esos espectáculos de una manera dolórosa. Ese poder de destruir la voluntad ajena y sustituirla por la propia; convertir al hombre en estatua, y sugerirle ideas, sentidos y propósitos que no tiene; alterarle por completo las sensaciones y hacerle recibir por realidad lo que es meramente ilusorio; ¡que de teorías no subvierte! ¡que de dudas no suscita sobre el libre albedrío! (*Atiza ¡atiza! mira si el DUENDE hace su efecto La estocada á la libertad humana llega hasta los gavilanes. Y sin embargo, aún no descubrimos al verdadero GAVILAN!*)

¿Por una mera sugestión de Onofroff, ¿no podría acaso cometer cualquiera de sus sujetos, inconsciente é involuntariamente, los más horrendos crímenes? En el estado hipnótico cabe surgir la realización de todo género de propósitos para apartados lugares y remotas fechas. (*Y sin embargo de los*

malos frutos no queremos conocer la malicia del árbol.)

Otro fenómeno realiza Onofroff, que es también notable. Por el pensamiento que otro le trasmite, descubre cosas difíciles de descubrir en un circo que llenan 5.000 espectadores. Algo parecido se vió aquí hace algunos años, pero no en las condiciones que él lo realiza. (*Y dentro de poco vendrá otro Onofroff que volará y nos quedaremos con la boca abierta, dudando si la causa es nerviosa.*)

—Pues señor, repito que la cosa es sorprendente, -

—Pues añada V. ahora, amigo mio que estas cosas sorprendentes no son nada nuevas. En todos los siglos se han presentado hombres como Onofroff, que han hecho enmudecer á la ciencia con sus misteriosos experimentos. Hubo un Mésmer que dió tanto que hacer al mundo con sus diabluras, que llegaron á escribirse sobre ellas mas de mil quinientos libros; hubo un Home que dejó abortar á todas las cortes de Europa ante cuyos reyes y príncipes se elevaba en los aires como Simón el Mago; hombres tan pensadores como Cuvier, Faraday, Laplace, Hufeland, Frankin, Berzelius, Orfila, Brussais, Arago, Malfatti, Hudson, Babinet, Lavater, De Jussieu, Gregori y Elliotson, se han quebrado la cabeza, queriendo explicar naturalmente estas cosas y han confesado que no tenían explicación. Los unos, positivistas como Litré, decían que era una alucinación epidémica, los otros, físicos como Faraday, decían que era un fenómeno mecánico; quien le llamaba dualismo cerebral como Gregori, quien hablaba de reverberación del pensamiento como Gorres: en fin, que ninguno sabía lo que se decía ni entendía lo que quería explicar. La Academia de Berlín en 1818 ofreció un premio de tres mil francos á quien probase que tales fenómenos eran naturales y no consiguió nada; la Real de Ciencias de París, queriendo estudiar la cosa bien, nombró una comisión de once individuos, que trabajaron durante seis años en este asunto, pero sin conseguir nada; en los Estados Unidos el Congreso nombró otra comisión con el mismo objeto y también dió fiasco. ¿Que misterio hay aquí impenetrable á la ciencia, que así conmueve al mundo entero durante siglos y siglos, sin dejar entrever jamás su solución?

—Eso pregunto yo ¿que misterio hay ahí?

—Pues el mismo que había en las posesas de Loudun del siglo XVII, en los convulsionarios de S. Medardo del siglo XVIII y todas las diabluras de este

mismo género ocurridas en todos los siglos.

—Hombre, desearia conocer algo de eso.

—Pues allá va lo que dice la historia.

Posesas de Loudun

Hacia el año 1632, dos jóvenes religiosas de un convento de Loudun fueron atacadas de violentas conmociones acompañadas de síntomas extraordinarios. Hechas averiguaciones resultó, que habían sido *sugestionadas*, como ahora se dice, por un tal Urbano Grandier, especie de Onofroff de aquella época. Los fenómenos eran horribles: la *fascinación* se verificó al contacto de un ramo de flores: las infelices religiosas fueron presa desde aquel instante de convulsiones terribles, durante las cuales, se presentaba siempre ante sus ojos la figura del fascinador.

—¿Y qué fenómenos presentaban?

—Ahora lo sabrá usted.

Había religiosa que tendida boca abajo y con los brazos torcidos sobre la espalda, desafiaba toda clase de exorcismos: otra, que, arqueada hacia atrás y completamente doblada, andaba con la nuca apoyada en los talones: y estando en pié se golpeaba en el pecho y las espaldas con la cabeza, tan ruda y vertiginosamente, que parecia no tener huesos en la nuca. Poníanse á hablar y sentían salir de su laringe una voz extraña, que decía cosas de que ellas mismas no se daban cuenta. En Mayo de 1635 Gastón de Orleans, hermano de Luis XIII, quiso presenciar aquellos fenómenos y pasó á Loudun, donde él mismo hizo los experimentos. Transmitía mentalmente á las energúmenas una orden cualquiera, como ahora hace Onofroff, y aquellas la ejecutaban sin vacilar, pues leían perfectamente en el pensamiento de los demás. Otras veces, se las veía elevarse en el aire, hablar idiomas extraños y pronunciar discursos sobre asuntos que les eran completamente desconocidos.

—¿Pero hombre! ¿se elevaban en el aire?

—Sí, señor; y sus elevaciones eran tan extraordinarias, que algunas veces llegaban hasta la bóveda de la Iglesia, lo cual no tiene nada de particular, pues en los tiempos antiguos, Simón el Mago, se elevaba todos los dias delante de las gentes para engatusarles, hasta que S. Pedro le hizo caer con sus oraciones y se quebró las piernas: y en los tiempos modernos Mr. Hume se elevó delante de Napoleón III.

—¿Y no se cayó?

—No, señor; porque Napoleón III, en

vez de orar como S. Pedro, probablemente, regalaría al brujo dos ó tres mil francos para premiarle la brujería. Hoy, el diablo, tiene entre los liberales las piernas aseguradas.

—¿Y los discursos esos que decía usted?

—Pues cuanto á los discursos, regularmente estaban llenos de blasfemias, de las que no se acordaban luego las infelices religiosas, las cuales aseguraban sentir una voz que salía de su laringe y que hablaba por ellas, sin que ellas pudieran impedirlo.

Pués los convulsionarios de S. Medardo, en el siglo pasado, no ofrecieron fenómenos menos estupendos ni menos semejantes.

—También desearía conocer su historia.

—Pues hela aquí.

Convulsionarias de S. Medardo

Hacia la primera mitad del siglo XVIII París, célebre jansenista, murió resistiendo orgullosamente los anatemas de la Iglesia. Su cuerpo enterrado en el cementerio de S. Medardo, desde el día en que fué sepultado, dió origen á una serie de fenómenos que conmovieron á todo el mundo: la ciencia no podía explicárselos. Apenas tocaba cualquiera la lápida de la sepultura, sentía agitados sus miembros por tumultuosas convulsiones y quedaba libre de algunas enfermedades, como sucede ahora también con los hipnotizados, que suelen tomar el hipnotismo como remedio. Después de esto sucedió lo que era de esperar: la tierra de aquel misterioso sepulcro, empezó á ser disputada por multitud de enfermos de todas clases, que acudían allí en busca de alivio á sus padecimientos, con lo cual, el contagio de las convulsiones se extendió por todas partes de una manera sorprendente.

Encontrábanse multitud de convulsionarios en las calles inmediatas al cementerio, en los bodegones, en las posadas y en otros muchos lugares. Al cabo de ocho meses la cifra de los atacados llegó á mas de ochocientos. Si entonces hubiera estudiado estos hechos una Academia de Medicina, hubiera podido decir lo que ahora han dicho la de Madrid, la de París y la de Roma: «estos fenómenos son inexplicables, y además son dañinos.»

Pero detallemos algunos.

La Viuda Thevenet

El 20 de Setiembre de 1734 la viuda Thevenet, esperando librarse de una sordera incompleta, se decide á beber y

bebe agua que contenía algunas partículas terrosas procedentes de la sepultura de París; de repente siéntese agitada, anuncia que se verifican en ella cosas extrañas; percibe en todo su organismo una perturbación indefinible; su cabeza comienza á ser sacudida contra su voluntad; un hermano de esta señora, canónigo de Corbeille, hace esfuerzos por impedir que se dé golpes, pero en vano; en ciertos momentos da violentos saltos; las palabras que pronuncia no pertenecen á idioma alguno conocido; se arroja de la cama y se pone á saltar remontándose hasta el techo; por último, á instancias de su hermano se confiesa, le entrega dos retratos que tenía de París, dos paquetes de tierra de su tumba y un pedazo de madera de su atahud, que es arrojado al fuego, hace profesión de fé católica y cesan todos los fenómenos.

Fontaine

La conversión del primer secretario de Luis XV al jansenismo, se anunció por fenómenos parecidos. Fontaine, que así se le llamaba, fué invitado á comer en compañía de unos amigos. De repente siéntese forzado por un poder invisible á dar vueltas rápidamente sobre un pié sin poder contenerse y esto durante mas de una hora. Ponen en sus manos un libro y lo lee perfectamente sin dejar de dar vueltas con rapidez abrumadora. Esta convulsión giratoria atacó á Fontaine diariamente durante seis meses. Empezábale á las nueve de la mañana y duraba hora y media ó dos horas. Gran número de personas que lo vieron, contaron hasta sesenta vueltas por minuto, sin embargo de lo cual, Fontaine, se encontraba por la tarde en perfecto estado de salud.

Mas convulsionarios

Otros convulsionarios presentaron fenómenos mas extraños.

Hablaban como si sus labios y sus lenguas fuesen movidos por una fuerza ajena; otros sentían salir de su garganta una voz que no era la suya; pero lo más raro era la insensibilidad en que caían. No ya eran taladrados con agujas sus brazos como Onofroff hace con los espectadores del Circo de Colon, sino que pedían ellos mismos que les taladraran los pies y las manos con inmensos clavos de hierro; se hacían pinchar la lengua y rasgar la carne con espadas y sin embargo nada sentían. Si toda la población de París no hubiese presenciado estos hechos, se hubiera dicho que eran falsos. Mas de quinientas personas, pervertida la sensibilidad

hasta el extremo, se exponían impunemente á la acción del fuego, se hacían apretar la cabeza entre dos planchas, recibían sobre el abdomen y el pecho trancazos, pedradas y hasta golpes con barras de hierro, sin experimentar la más ligera molestia. El célebre incrédulo Diderot, á quien no tratábase de sospechoso ni fanático, afirma estos hechos en sus *Pensees Philosophiques*

El *Diccionario de Ciencias Médicas*, describe algunos, cuya autenticidad reconoce el mismo Diderot, y son de lo más estupendo que puede concebirse.

No hacemos más que extractar.

Juana Moulu

«Juana Moulu, jóven de 23 años, apoyábase contra la pared y un hombre robusto, tomando una barra de hierro que pesaba cerca de treinta libras, descargaba sobre su vientre sesenta, setenta y hasta cien golpes seguidos, sin que la joven experimentase daño alguno. Habiendo probado á dar estos golpes sobre una pared, á los veinticinco se abrió en ella un agujero. Cuando la barra se hundía en el estómago de la convulsionaria *pareciendo penetrar hasta la espalda*, exclamaba ella, con aire de satisfacción: —¡Oh! ¡que bueno es esto! ¡Redoblad los golpes! ¡me hacen mucho bien!

Otras veces se tendía en el suelo, ponían sobre ella una enorme plancha, hacían subir sobre esta una veintena de personas que pesarian á lo menos cuatro mil libras y no por esto notaba el peso: hubo vez que arrojaron sobre su pecho, con gran violencia, una piedra de veintidos libras que á cada golpe conmovía la habitación y hacía temblar el pavimento y la jóven nada notó. Un gran físico que presenciaba estos hechos, quiso ejecutar por sí mismo una prueba decisiva y tomando un agudo instrumento de hierro, lo introdujo en las entrañas de la convulsionaria, esta se sonrió y poco después pudo verse su epidermis limpia de toda cicatriz.

Aun citaremos un hecho más, para cerrar la boca de toda incredulidad que conserve un poco de sentido comun.

La Salamandra

La Salamandra, era una convulsionaria llamada así, porque se acostaba y permanecía tendida sobre un brasero ardiendo sin sentir las más pequeñas quemaduras. Entre los testigos de este hecho figuran un lord protestante, que vivamente impresionado se convirtió y el hermano de Voltaire, Armando Arouet, tesorero entonces del Tribunal de Cuentas. La cé-

lebre Salamandra; se tendía también de espaldas, arqueando la cabeza hacia atrás y apoyándose por los riñones sobre una aguda estaca, enseguida hacia que arrojase desde el techo sobre su estómago una piedra de cincuenta libras de peso y no llegaba á experimentar la más leve molestia. En fin, sería el cuento de nunca acabar y hay que poner término á estos relatos deduciendo de ellos una consecuencia clarísima, y es que los prodigios de Onofroff no son nuevos: que la historia está llena de otros más sorprendentes del mismo género y que estos prodigios ante la sana crítica, no tienen más explicación que la que siempre le dió la piedad católica de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia.

ADOLFO CLAVARANA.

NOTA.—Recomendamos á las personas que deseén estudiar detenidamente lo que hay de cierto en los fenómenos hipnóticos y lo que la Iglesia opina sobre ellos, la obra del P. Juan José Franco, titulada *El Hipnotismo puesto en moda*, traducción de Font y Boter—Barcelona, Librería de LA HORMIGA DE ORO, Rambla.

El mundo marcha

Á medida que el diablo hace de las suyas, embrollando las cabezas para arrancar la fé del corazón, la irreligiosidad con todas sus consecuencias, se extiende como un río desbordado, llenando el mundo de crímenes horribles y especialmente de suicidios que ponen los pelos de punta.

Leemos en un periódico:

«La terrible peste del suicidio hace cada día mayores estragos en nuestra vieja Europa.

En Viena un niño de ocho años y una niña de once se suicidaron lanzándose al Danubio á fin de evitar las reprensiones que las malas notas obtenidas en su examen trimestral pudiesen proporcionarles por parte de su madre.

Con una sangre fría y una premeditación inaudita, la niña, antes de lanzarse al agua escribió á su madre, para darle cuenta de su proyecto y pedirle perdón.

Esta niña, á pesar de su corta edad, tenía leído un gran número de novelas de corte romántico y su familia era conocida por su falta de religión.

Ciego

Leemos en *La España Cristiana*:

«Ha perdido la vista quedándose completamente ciego, un abogado libre-pensador de Oporto, (Portugal) en el instante mismo que tomó la piqueta para derribar una imagen de la Virgen que hay en el Convento de San Francisco. Varios obreros negáronse á cometer esta fechoría; y entonces el sectario dió un golpe á la escultura sagrada, exhaló un grito de dolor, cubrióse los ojos con ambas manos, y... estaba ya ciego, y ciego acaba de morir. Así lo dicen los periódicos de la nación portuguesa, cuyo relato no se han atrevido á desmentir los papeles libre-pensadores de allá.

REFLEXION

Confíemos en la Providencia divina.—Nada sucede en el mundo que no sea por orden de Dios ó con licencia suya. Nada hay que más consuele en esta triste vida

que la fé del cristiano en el dogma de la divina Providencia. ¡Como se dilata el corazón al levantar los ojos al cielo, y descubrir en aquella soberana deidad la sabiduría y el amor de un supremo ordenador del universo, en cuyas manos están todos los hilos que tejen la tela de los acontecimientos humanos, enderezándolo todo al bien de sus escogidos!... Miembros somos de Cristo y no puede desatendernos aquel Señor, que es nuestra cabeza y rige nuestros destinos y nos lleva en sus brazos por toda esta peregrinación. ¿Que temeré cuando se que todo lo dirige y lo encamina á mi felicidad y que dentro de su Corazón se combinan y disponen los acontecimientos del mundo, que tocan de cerca ó de lejos á sus escogidos? Lejos de temer contratiempo alguno, descansaré en el seno de la paz y diré con San Bernardo, que todos mis temores y cuidados los he arrojado en el Corazón de Jesús. (P. Gautrelet.)

Promesas del Sagrado Corazón de Jesús en favor de sus devotos reveladas á la B. Margarita de Alacogue

1. Yo les daré todas las gracias necesarias á su estado.
2. Yo pondré paz á sus familias.
3. Yo les consolaré en todas sus aflicciones.
4. Yo seré su amparo y refugio seguro durante su vida y principalmente en la hora de su muerte.
5. Yo bendeciré abundantemente sus empresas.
6. Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia.
7. Las almas tómbias se harán fervorosas.
8. Las almas fervorosas se elevarán con gran rapidez á gran perfección.
9. Yo daré á los sacerdotes la gracia de mover los corazones mas empedernidos.
10. Yo bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.
11. Las personas que propaguen esta devoción tendrán escrito su nombre en mi Corazón y jamás será borrado de él.
12. Prometo en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá á todos los que comulgaren *nueve primeros viernes de mes seguidos*, la gracia de la penitencia final: estos tales no morirán en desgracia mía, ni sin recibir los Santos Sacramentos, pues mi divino Corazón se tornará, en la última hora, su seguro asilo.

El Secreto de la paz

Escucha de Jesús la voz amante,
Alma que entre gemidos

Atraviesas del mundo los abrojos,
No temas que el Infierno te quebrante
Si á sus dulces palabras das oídos
Y en Él fijas tus ojos.

»Yo te daré mi paz y mi consuelo,
Seré tu fortaleza,
Ante mi huirá tu duelo
Y te daré del cielo

Los mas preciados dones: Fé y Pureza.
Caerá mi bendición sobre tu casa;
Quien me tiene presente,
Quien en mi amor se abrasa
Disfrutará mis dones:
Para hacerles gozar eternamente
Pido yo los humanos corazones.»

Tal te dice Jesús; nada te impide
Estrechar de su amor los puros lazos;
Te da su corazón si el tuyo pide
Y para recibirte abre sus brazos.

Mira sus miembros yertos
Clavados en la Cruz, su amor admira
Que hasta cuando su carne humana es-
[pira
Sus brazos tiene abiertos.

No un día, un mes, un año
Debes dar á Jesús, la vida entera
No fuera don extraño,
Puesto que antes por ti su vida diera.

Corre, corre á sus brazos presuroso,
No desprecies á un Dios que así te ama
Y que solo te llama
Para hacerte dichoso.

Pablo.

CUENTOS, ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS

DE BUEN HUMOR
originales de

D. ADOLFO CLAVARANA

Acaba de salir á luz el tomo 4.º preciosamente ilustrado por D. ANTONIO UTRILLO.

Precio una peseta.—Los pedidos á la administración de LA LECTURA POPULAR acompañados de su importe y del certificado si se desea.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, foggeses, etc. ó manda distribuir por las aldeas huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA.

Una acción.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.